

---

# Blanchot: una lectura profana

José Javier Coz\*



A Ivonne Villalpando

Algunos críticos que han revisado la filosofía dicen que hasta antes de Nietzsche todas las filosofías no son más que variaciones sobre lo que expuso Platón en sus diálogos. Foucault diría que como filosofías que detentan la totalidad resultan una mística encubierta de racionalismo. Rocío I. Mejía las reduce radicalmente a notas a pie de página a *La república* de Platón. Maurice Blanchot simplemente no trafica con la filosofía ni hace de ella, en términos tecnocráticos, un sistema administrativo para unas cuantas ideas.

Según Jorge Luis Borges, la originalidad es una superstición propia del siglo XX. En el supuesto de que los griegos lo han dicho todo, la cultura de nuestra civilización se alza sobre una recreación continua. En esta recreación subyace una crítica que permite la actualización de temas -la mayoría milenarios- a través de las formas que adoptan para ajustarse a los diferentes tiempos de la historia. Actualizar deriva menos en una aportación a los temas originales que en una nueva forma circunstancial de decir lo mismo. Bajo esta óptica histórica, ¿cabría escribir sobre alguien que ha escrito sobre otros? ¿Cuál sería el pretexto de este ocio *ad infinitum*? ¿Qué puede aportar una crítica sobre otra crítica?

Hablar de Maurice Blanchot responde a una exigencia que apenas asomará en este intento de invitación a leerlo de la misma manera en que Joubert se invitaba a escribir,

[...] buscando lo que ignora y que de allí vienen la dificultad de su búsqueda y la felicidad de sus descu-

brimientos. Pero, ¿cómo buscar allí donde se debe, cuando se ignora hasta lo que se busca? Y esto ocurre siempre cuando se compone y cuando se crea. Extraviándose así, se hace más de un descubrimiento, se hacen encuentros felices."<sup>1</sup>

Intento, tal vez fallido, tal vez con buena suerte, al fin arriesgado como uno de los libros capitales de Blanchot que desde el título nos anuncia su carácter móvil e incierto: *El libro que vendrá* (o que va, o que viene, construyéndose sobre ruinas y dejando palimpsestos).

Este libro que vendrá es un prelibro (anuncia un libro) inestable, como otros de Blanchot, no necesariamente porque parta de -y se renueve con- la sospecha, sino por la constante puesta a prueba del lenguaje y de ideas parafilosóficas aparentemente dentro de los límites de lo formal. Los ensayos de Blanchot, con apariencia de crítica literaria, formulan tesis. Emprenden un lenguaje silogístico que embauca al lector a creer en unas inferencias que quizás tengan su realidad sólo en el lenguaje. Pero Blanchot persuade hasta producir efectos de realidad, de verdad irrefutable que no necesita de verificación empírica; es pensamiento puro de un lenguaje que no necesita ser fundado sino que funda.

En su forma de exponer, Blanchot evita "ese poder abrupto de afirmar que suelen emplear los moralistas presumidos, escépticos y amargados para que [paradójicamente] su duda se vuelva categórica".<sup>2</sup> Una clara alusión a Cioran y demás nietzscheanos, pues a Blanchot le obsesiona más bien el infinito literario como a Borges, quien dijo que "un texto definitivo sólo corresponde al cansancio o a la religión". Sin embargo, en Blanchot se vislumbra una tendencia a construir frases que evidencian una previa depuración de las palabras y un reordenamiento múltiple de la sintaxis, y el resultado es inevitablemente aforístico. Blanchot no escapa de los aforismos que encierran ideas revelables sólo a través de la escritura, en una o varias frases, con

---

\* Asesor académico de la Biblioteca "Dr. Jorge Villalobos Padilla" del ITESO.

sintaxis y palabras sometidas a un orden, a una austeridad y exactitud tales que si son mínimamente alterados el sentido de la idea se desvanece. El aforismo es una verdad sólo posible en la escritura que a diferencia del habla son -verdades y escritura-reversibles (Michel Foucault considera a Blanchot como su maestro espiritual en cuanto a la posibilidad y la necesidad cambiantes e históricas, no así evolutivas, de la voluntad de verdad que da lugar sólo a "verdades" que si bien no son verdaderas ni falsas ni buenas ni malas, ejercen efectos materiales).<sup>3</sup> El aforismo también es descubrimiento en el lenguaje y no invención, pues el oficio literario de Blanchot se compone de cierta dosis de casualidad y buena suerte y no de determinaciones del inconsciente o musas o espíritus santos. Los aforismos se esculpen después de ensayar a consciencia varias posibilidades de la escritura. Un proceder como regido por una suerte de leyes del azar y que atenta contra la noción convencional de creación que descansa en la inspiración.

Para que lo clasifiquen fuera de esa estirpe de dogmáticos a la que critica, Blanchot no aísla ni enmarca sus aforismos. Y así, escritura y lectura se hacen una sola, pues el hallazgo de aforismos en los ensayos de Blanchot es un trabajo que se lo deja a completar a aquel lector lento, intermitente y no lineal que padece de vocación filológica y de esa costumbre obsesiva, coleccionista y amnésica de anotar en los márgenes de las páginas. Criticar a Blanchot nos asciende de lectores que podríamos ser a autores. Reza así:

Del difícil empleo de la crítica. El crítico casi no lee. No siempre por falta de tiempo sino porque, pensando siempre en escribir, no puede leer, y simplifica, complicando a veces, alaba, censura, se deshace rápidamente de la simplicidad del libro sustituyéndola por la rectitud de un juicio o la benévola afirmación de su comprensión, porque al no poder leer un libro, tiene que no haber leído veinte, treinta y muchos más, y esa no-lectura innumerable, que lo absorbe por un lado, por el otro lo descuida, invitándolo a pasar cada vez más pronto de un libro a otro, de un libro que apenas lee a otro que cree haber leído, con el fin de llegar a ese momento en que, por no haber leído nada de todos los libros, tal vez se encuentre consigo mismo, en el ocio que le permita al fin comenzar a leer, si es que a su vez no se ha convertido desde hace mucho tiempo en autor.<sup>4</sup>

En este sentido, cada lectura es una recreación que podría eludir cualquier preminencia académica, pues distanciada en geografía, en tiempo y en idioma de las demás lecturas, se convierte en otra obra.

La precisión al cuidado de Blanchot no lo exenta de ser enemigo de aquella didáctica que sintetiza, que simplifica las cosas como el oriental. Por lo contrario, Blanchot se sirve del desglosamiento para multiplicar el conocimiento, lo cual hace de la degradación y la complejización caminos seguros a la riqueza gnoseológica. No conforme, Blanchot busca además perderse en vericuetos y laberintos de frases como si en la disposición de las palabras estuviera cifrado el universo, y así "elevar la incertidumbre de la angustia a la decisión de una palabra justa".<sup>5</sup>

La escritura como posibilidad se dirige a transgredir dos fronteras con las que siempre ha lindado: el silencio y lo inefable. "Lo que no puede expresarse es aquello que nos acerca y que atrae entre sí a nuestras palabras", pero también, por imposible, lo que nos incomunica. Y es al silencio y a lo inefable a donde Maurice Blanchot se ha aproximado encontrando -en este orden- dudas, posibilidades, limitaciones y resignación: *¿Cómo es posible la literatura?* (1942), *El espacio literario* (1955), recientemente editado por Paidós con un prólogo de Anna Poca titulado "De la literatura como experiencia anónima del pensamiento"; la mejor exégesis a Blanchot después de la de Pierre Klossowski, *El libro que vendrá* (1959), *La amistad* (1971; traducido como *La risa de los dioses*) y *La escritura del desastre* (1980).

Como crítica literaria, ahonda en la relación que algunos literatos y filósofos han establecido con el fenómeno de la escritura. Una relación de soledad y de perdición en la que escribir es retirar el lenguaje del mundo.

"Estás perdido" es una expresión liviana y alegre que no se dirige a nadie y en cuya cercanía el que está interpelado, escapando a la soledad de lo que se llama uno mismo, ingresa a esa otra soledad en la que precisamente faltan toda soledad, todo lugar propio y todo fin".<sup>6</sup>

Simultáneamente, Blanchot ensaya su obsesión central: la escritura o, en su caso, una metaescritura, esto es, una escritura sobre la escritura que seduce retóricamente pues se acerca más al ensayo literario que a la rigurosa monografía de la investigación.

De la literatura rescata el privilegio de haber ejercido las mayores inflexiones y reversiones en la historia del pensamiento. Y es que la potencialidad de la literatura radica en que, oral o escrita, es una fisura en el tiempo porque dilata los instantes y congela en retratos el mundo aparente. La literatura convierte el lenguaje en imagen.<sup>7</sup> Contra el dicho chino, una palabra vale por mil imágenes, por lo que Blanchot y Foucault otorgan un privilegio on-

tológico al lenguaje sobre lo visible, partiendo de la literatura que es "la imposibilidad de no ver". De ahí que de la lucha de Ulises por no participar en el juego de los dioses sino exaltar las virtudes humanas, nace la novela. Pero la literatura aun no era literatura sino parte y extensión de la realidad social antigua.

El relato no es la relación de un acontecimiento, sino ese mismo acontecimiento, la aproximación a ese acontecimiento, el lugar en donde el mismo tiene que producirse, acontecimiento aún venidero por cuyo poder de atracción el relato puede también pretender realizarse".<sup>8</sup>

Cuando los tiempos mítico e histórico eran indife-renciables, también lo eran la ficción, la verosimilitud y la realidad. Según Foucault, siguiendo indicaciones de Blanchot, desde la antigüedad hasta el siglo XVIII lo que hoy llamamos obras literarias no eran más que representación de un lenguaje ya hecho. Su modelo era el teatro y su conducto la retórica. Obras hechas con un lenguaje natural que supone un libro previo (divino). Este lenguaje era transparente y del dominio común. La literatura se hace ficción con el tiempo en la medida en que sus

referentes y contextos de creación se incorporan a la llamada rama más grande de la literatura fantástica: la historia. La literatura no era hecha de lo no inefable sino que se hacía con lo fabulado. A partir del siglo XIX, la literatura del clasicismo, entendida como la actualización explícita y constante de lo antiguo, es desplazada. En este sentido, la literatura, tal como se concibe hoy, es un invento reciente: el siglo XIX marca el principio del final de la literatura en cuatro vertientes: el libro y la biblioteca; la transgresión y el límite de la representación; el simulacro o la experiencia del doble, y la anti-tonimia.

### **El libro y la biblioteca**

Se "opaca" la transparencia del lenguaje que permitía al lector común hasta el siglo XVIII vincularse con la tradición. El lenguaje que estaba destinado a la circulación y al consumo entre el público y el artista se "estanca" con un nuevo concepto de archivo y biblioteca: conservación documental absoluta. Esta materialización, y consecuencia última, del enciclopedismo, este lenguaje en conserva, su arquitectura, su diagramación y su circuito "hacen posible el tratamiento exhaustivo del objeto verbal".<sup>9</sup> El libro ya no es el medio para relacionarse con -ni representar a- la tradición; ya no es la forma de un fondo antiguo sino que pretende dar forma a lo informe; la forma como aparición de lo no formado. Y el libro contendrá esta forma.

### **La transgresión y el límite de la representación**

El marqués de Sade ejerce la más fuerte transgresión sobre el cuerpo humano, culminando una de las posibilidades de la literatura que es la desaparición del hombre fraccionándolo y reduciéndolo a impulsos instintivos primarios. Esta disolución violenta y sexual del hombre la continúa Georges Bataille, quien propone la sustitución o compensación de las actividades políticas, éticas y estéticas por el éxtasis en la risa, el erotismo, la embriaguez, la poesía y la fiesta primitiva; medios con los que el hombre se libera de su realidad dividida.

### **El simulacro y la similitud o la experiencia del doble**

Blanchot toma como predecesor de esta fase a Marcel Proust. En Proust, el tiempo de vida es una





referencia lejana, irrecuperable, perdida. El tiempo de la obra tampoco puede realizarse porque *En busca del tiempo perdido* anuncia el modo en que se escribirá la obra, y este presente de la obra que anuncia lo que será recordado constituye un simulacro sin precedentes. La obra literaria refiere el proceso de su historia y también define qué es literatura. Blanchot muestra, contra cualquier precepto de la crítica, que Proust no pertenecía a la literatura acumulativa; el ejercicio mnemotécnico e introspectivo no va de la mano con la escritura automática socorrida por quien pretende empezar una obra y que luego ésta surja de sí misma como si no tuviera autor. Proust no recordaba sino transmutaba el recuerdo en una realidad directamente sentida o virtual.

Blanchot toma como homólogo de sí y como modelo del simulacro a Pierre Klossowski, pues la preocupación en la que ambos siempre desembocan, tanto en narrativa como en ensayo crítico, es el problema del lenguaje que para ellos es el problema del ser. Por eso se obstinan en fijar un destino al lenguaje: "su vínculo de libertad con la muerte", condición ineludible para sobrevivir en la memoria.

Hacia el año 200 después de Cristo, Tertuliano escribió en su *Adversus Hermogenem*:

Si la representación reside en la imagen de la verdad, y la imagen misma es la verdad del ser, es necesario que la cosa exista por ella misma antes de servir de imagen a otra.

Diecisiete siglos después, Pierre Klossowski, hablando de Blanchot, invierte (o pervierte) en *Tan funesto deseo*, lo que el hereje Tertuliano dijo:

[...] para que una cosa pueda representar a otra, es preciso que haya dejado de existir por sí misma. [...] Imagen de una cosa no designa nunca de esa otra cosa más que su ausencia. Y así la nada no sólo funda la similitud, es la similitud misma. ¿Similitud de qué? ¿No es la de un ser que se disimula?

Esa noción del disimulo del ser en el lenguaje revela la función que el lenguaje ejerce en lo existente, que es la muerte. [...] Y la muerte es perpetuidad de lo que no admite ni comienzo ni fin. De esta noción de la muerte procede la ambigüedad del lenguaje.

Lo existente parece constituirse sólo por la búsqueda de un sentido: la posibilidad de un comienzo y de un fin. La significación en la existencia procede de su finitud misma, o sea, el movimiento hacia la muerte. Si la muerte no pusiera fin a los seres, si todas las cosas debieran existir siempre, no habría entonces lenguaje, es decir, no habría significación: todo existente se derrumbaría inmediatamente en lo absurdo, o sea, en el ser.<sup>10</sup>



Según Tomás Abraham "la palabra es la inexistencia manifiesta de lo que se designa, y, además, la visible borradura de aquel que habla".<sup>11</sup>

### La antiantonimia o la disolución del hombre dividido

Blanchot lleva al otro extremo, a través de la escritura, el intento de Bataille por integrar al hombre. La crítica de Blanchot es un simulacro de referencias como reconocimiento y deuda y como intento de rescatar a quienes se le han adelantado. Y además, vidas y obras son pretexto, espacio que Blanchot crea para encontrar sus ideas a través de una especie de sofismas lógicos de la antiantonimia: lo literario, o en última instancia la escritura, sirve como espacio postdialéctico para controvertir la antonimia entre conceptos opuestos (aquellos que parecen no tener relación) y entre conceptos contradictorios (los que supuestamente se niegan el uno al otro). Método con el que llega a paradojas herméticas e irresolubles que ponen en crisis a las categorías cognitivas de oposición, contrariedad,

semejanza, en fin, de diferencia y similitud, a las que la racionalidad acude para ordenar el caos (donde todo podría parecer igual o diferente) y hacerlo inteligible.

Ermitaño entre todas las escuelas francesas de crítica literaria, su estudio analítico-crítico muy personal -a veces lírico, otras sistemático- de ciertos libros y autores, cobra autonomía con respecto a éstos; no exige previa lectura ni extiende invitación alguna a leerlos. Blanchot bien hubiera podido desarrollar la crítica ficción pues, como en Borges, lo importante de sus referencias bibliográficas a la filosofía, la historia y la literatura universales no es conocer tal autor ni haber leído tal obra. Lo importante es saber qué apoyan, y cómo, en el lugar de cita. En segundo plano importa por qué se eligió tal autor u obra y no otros, y qué se dice de ellos.

Otro de los aciertos de Blanchot es que prueba implícita y fácticamente que los métodos lingüísticos y semióticos aplicados al análisis literario sacrifican los propósitos y el resultado a cambio de un uso científico del método. Una excelente arma para quienes concuerdan en que tanto en la lingüística como en la semiótica importa aplicar primero el método, y los hallazgos, que vienen por añadidura, sirven tan sólo para justificar el empleo metodológico. Resulta complejo extirpar la fórmula o receta que sigue Blanchot. Niega tanto la previa cientificidad de sus hallazgos como que éstos comporten manifiesto alguno sobre formas nuevas de expresión. No propone, realiza.

Mientras Italo Calvino formuló teorías literarias en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* partiendo de atributos físicos, Blanchot -más concretamente- de obras y autores para hablar de la literatura e ir más allá: a una ontología de la escritura. De lo que menos se aleja *El libro que vendrá* es de *Ensayos críticos*, de Roland Barthes, y esto es mucho decir. *El libro que vendrá* es una especie de proclamación donde Blanchot insiste en "que la expresión teórica del ensayo tiene en nuestros días más valor que la expresión estética". Pero deja sueltas propuestas poco explícitas, por lo que su promesa se origina, finalmente y contra toda suposición, desde una serie de intuiciones literarias.

Editado en español desde 1969 y agotado hace muchos años, ahora se reimprimió por cierta demanda dispersa entre los hispano-hablantes. El libro que sí vino y se fue y quién sabe si venga y que estamos esperando que lo reedite Monte Avila, es *El diálogo inconcluso*, editado en 1974 y raro de encontrarse inclusive en bibliotecas particulares.

Una de las preguntas que se hace el lector cuando lleva recorrido un buen tramo del libro es

¿cuál es *El libro que vendrá*? Suerte de anunciación y promesa contenida en el libro; o de negación, pues podría implicar el subtítulo "Esto no es un libro".<sup>12</sup> El libro que leemos no es el libro que vendrá; es un proyecto peligroso de libro. Y éste, ¿cuál es?, ¿cómo se llama el libro que tenemos en las manos, o es la ausencia del libro que vendrá? Y si este otro libro -el anunciado- se llama (¿o anuncia?) otra vez *El libro que vendrá*, entonces contendrá otro tercero que vendrá y así, como un juego infinito de muñequitas rusas. Un título profético no es aquél que anuncia un porvenir, sino un futuro imposible que, por imposible, viene a desestabilizar, como el Apocalipsis, al presente.

Desde la portada, Blanchot nos introduce a una manera de revisar la racionalidad que lo ubica junto a Kandinsky, Duchamp, Klee, Magritte, Klossowski y Caillois, entre otros inclasificables pertenecientes al "pensamiento del afuera", ahí donde el filósofo, que se encierra sobre sí mismo, ha renunciado, pero la filosofía todavía no.

Según Michel Foucault, la biblioteca y la transgresión han hecho posible este pensamiento del afuera, un pensamiento que vendrá. La escritura ya no resulta de la transcripción de la experiencia sino de la lectura (experiencia de lo experienciable). Un buen escritor tuvo que haber sido un buen lector, o en palabras de Foucault: "para soñar no hay que cerrar los ojos, hay que leer".♦

---

## Notas

1. Blanchot, Maurice. *El libro que vendrá*, Monte Avila, Caracas, 1992, p.64.
2. *Op cit.*, p.60.
3. Caruso, Paolo. *Conversaciones con Lévi-Strauss, Lacan y Foucault*, Anagrama, Barcelona, 1989.
4. Blanchot. *Op cit.*, p.171.
5. Blanchot. *El espacio literario*, Paidós, Barcelona, 1991, p.315.
6. Blanchot. *El libro que vendrá*, p.40.
7. Para entender la primacía de la referencia lingüística sobre la representación plástica, aconsejo leer el primer capítulo de *Los senderos de Foucault*, de Tomás Abraham, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.
8. Blanchot. *El libro que vendrá*, p.12.
9. Abraham. *Op cit.*
10. Klossowski, Pierre. *Tan funesto deseo*, Taurus, Madrid, 1988, p.81.
11. Abraham. *Op cit.*, p.17.
12. Para aproximarse al método antiantonímico de Blanchot, ayuda la lectura de *Esto no es una pipa: ensayo sobre Magritte*, de Michel Foucault, Anagrama, Barcelona, 1989.